

DÍPTICO DE PLATA, CON ESMALTES
Gusto italiano del siglo xv.

LAS COLECCIONES

DEL SR. CONDE DE VALENCIA DE DON JUAN Y DE D. GUILLERMO DE OSMA

EN LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA

AUN después de haber recorrido las salas de la Exposición, donde se exhibe una lucida parte de los espléndidos tesoros de nuestras catedrales y las que ocupan el Museo Arqueológico Nacional y la Real Casa, los visitantes quedan sorprendidos al llegar á la sala xix. No se esperan encontrar allí nuevas riquezas artísticas que sobresaliendo del conjunto admiren al curioso y más al inteligente. Puede decirse que uno de los mayores atractivos de la Exposición son justamente las colecciones particulares, hasta ahora desconocidas para el público, el cual, mal que bien, conocía ya los objetos artísticos de la Corona, de los Museos y de los Cabildos.

Esta misma circunstancia de la novedad nos ha movido á dedicar algunas líneas á las colecciones particulares que más descuellan por lo selecto de sus piezas, que son la del señor Conde de Valencia de Don Juan y la de D. Guillermo de Osma, complemento ésta de aquélla, en lo que á la cerámica se refiere, y que entre las dos ocupan la mayor parte de la indicada sala.

Muchas veces ocurre ir á visitar á alguna persona que nos es desconocida, y mientras esperamos en su habitación, con la ojeada que forzosamente damos en torno de lo que nos rodea, observando muebles, cuadros, adornos, accesorios, llegamos á

formarnos concepto de las aficiones, la cultura y la condición del dueño de la casa. Un buen observador suele no equivocarse en este conocimiento previo. Pues algo semejante ocurre con las instalaciones de una Exposición. Repasando la del señor Conde de Valencia de Don Juan, al momento se adivina en lo escogido de las piezas, en el mérito de ellas y en el decoro y la elegancia con que están presentadas, al coleccionista experto, al hombre de exquisito gusto, acostumbrado á visitar los museos y colecciones del extranjero, al aristócrata á lo Conde de Nieuwerkerke, que cultiva y solaza su espíritu en el hermoso campo de las artes retrospectivas.

No es este, por cierto, un tipo muy español, pero de ello debemos felicitarnos. Todo el mundo sabía que el señor Conde de Valencia, es la persona á quien Su Majestad tiene confiados la nueva instalación y el catálogo de la Real Armería, y, por consiguiente, nadie ignoraba que tal persona es competentísima en ciertas materias de arqueología y de arte. Lo que no todo el mundo sabía es que poseyera tan preciosos objetos.

El Sr. Osma, digno hijo político del señor Conde de Valencia, se nos presenta como inteligente ceramófilo, que al dón de escoger bien, une el amor á lo español de la época más brillante.

Fiel á las condiciones de la convocatoria de la Exposición, el señor Conde de Valencia ha expuesto objetos correspondientes al último tercio de la Edad Media y al Renacimiento, dejando en su casa muchas preciosidades, entre ellas la colección de porcelanas del Retiro, que quizá puede considerarse como única. En lo expuesto hay variedad de objetos: cuadros, tapices, telas, bordados, tallas, muebles, armas, piezas de orfebrería, joyas, esmaltes, marfiles, lozas. Estas y las joyas predominan en número; pero no llegan á formar series completas, aunque circunscribiéndolas á una fecha les falte poco. Por esta circunstancia y por lo escogido de las piezas hay que considerar aislados tan valiosos elementos de estudio. El catálogo, escrito por el mismo poseedor, contiene indicaciones muy acertadas y noticias de procedencia muy útiles, que nos serán de provecho. Mas reclamando cada objeto ó grupo reducido de ellos, un estudio especial, si así lo intentáramos, este artículo sería una serie de monografías, cosa que no sufren nuestras fuerzas ni consiente el reducido espacio que estas páginas nos conceden. Por consiguiente el lector habrá de contentarse con una reseña salpicada de algunas observaciones.

* * *

Cinco cuadros, tan sólo, ha expuesto el señor Conde de Valencia, de un interés más histórico que artístico; los cinco son retratos. El primero es de un caballero desconocido, que por el carácter de su fisonomía denota ser español, y próximo pariente quizá del astuto cuanto desgraciado secretario de D. Juan de Austria, á juzgar por las armas de Escobedo que se ven en el escudo que le acompaña. Flamenca, más que

española nos parece la moda de su traje, que acusa el último tercio del siglo XVI; y la pintura, sólida y jugosa, sobre tabla, está hecha á la manera del flamenco Antonio Moro. El marco, de buena talla, es de artista español del Renacimiento. El retrato de Felipe II y el de su cuarta esposa doña Ana de Austria, pintados en lienzo por Bartolomé González, son curiosos, el primero por hallarse representado el monarca con el traje, de terciopelo carmesí, de caballero del Toisón de Oro, y el segundo por el estudio á que se presta el vestido de seda blanco, recamado, con herretes y demás adornos característicos de las modas de aquel tiempo. Análogo interés ofrece el de una señora desconocida, cuyo traje acusa la segunda mitad del siglo XVI, finalmente pintado en tabla, evidentemente por artista flamenco.

El más importante de los retratos, es el de D. Francisco de Quevedo Villegas, que aunque no tuviese letrado no lo necesitaba, pues al punto se reconoce la marcada fisonomía de nuestro gran satírico, en un todo igual á como nos la muestran el magnífico busto italiano, de barro bañado de blanco, que posee la Biblioteca Nacional (y que es lástima no figure en la Exposición), y el dibujo del célebre Pacheco que forma parte de su *Libro de retratos*, recientemente reproducido. Como pintura, el retrato es incuestionablemente de la época, hecho por sobria y sincera mano, avelazcada, que debió estudiarlo del natural.

Entre los tapices, que no son más de siete, hay que poner en primera línea por su rareza y su valor decorativo uno cuyo asunto podríamos llamar nupcial, pues los personajes que en él aparecen como en triunfo son la hija de Galeazo Visconti, Valentina de Milán y su esposo el Duque Luis de Orleans, bajo un dosel redondo cuyas cortinas levantan dos amorcillos. No hay cenefa; pero en cambio hay una serie de graciosos ramos, simétricamente dispuestos, encuadrando el asunto, que destacan sobre el fondo verde oscuro. Este tapiz, tejido con sedas y lana, aparece en el catálogo como flamenco, según su poseedor de Brujas ó Arras. Mr. Mazerolle, en la reseña que de la Exposición ha hecho en la *Gazette des Beaux Arts*, le da como francés. Por nuestra parte, y sin examinar por el momento la cuestión técnica, nos inclinamos á creer que por lo menos el cartón debió ser de mano francesa, pues así parece indicárnoslo la graciosa elegancia de las figuras, algo de artificioso que se advierte en las actitudes, la fineza de los tonos y la ausencia de brillantez en los colores que distingue á los tapices flamencos.

El Duque Luis de Orleans, hermano del rey de Francia Carlos VI, fué como éste muy apasionado de la magnificencia y el boato, según puede juzgarse por la lista publicada de las tapicerías que vestían las habitaciones de su palacio de París en 1403, un año antes de morir, asesinado. Por entonces los telares parisienses no dejaban de producir hermosos tapices, distinguiéndose los tapiceros Nicolás Bataille y Jacobo Dourdín.

En cuanto á la fecha, por las indicadas puede colegirse que no debió tejerse más tarde de los primeros años del siglo XV.

En ese tiempo fueron muy frecuentes los tapices representando pasajes de la vida,

BIBLIOTECA
MUSEO AMERICANO

escenas amorosas ó de pasatiempo. En la segunda mitad del siglo xv, empezaron á predominar en las tapicerías los asuntos religiosos.

De fines de esta época y de este género es otro tapiz, este flamenco, sin disputa, tejido con oro, sedas y lana, en Bruselas, cuyo asunto es la Coronación de la Virgen María, la cual aparece sentada en un trono, con el Niño Dios sobre su falda, acompañada de San José y de un personaje anciano que puede ser Isaías. Este tapiz, es algo duro de color; pero se advierte en la composición, en el dibujo y en el plegado anguloso de los paños el carácter de los mejores tiempos de la tapicería flamenca.

También flamencos, pero del siglo xvi, son dos tapices pequeños, compañeros, tejidos de seda y lana, representando uno á San Martín á caballo en el acto de partir su capa con el mendigo, y otro la consagración del mismo santo como obispo de Tours. Á nuestro modo de ver, estos tapices corresponden á los últimos tiempos de la tapicería flamenca del buen estilo—ese estilo que participa del carácter de la época ojival y de la influencia del Renacimiento—y así nos explicamos el efecto recargado y aun duro que produce la ornamentación de los trajes y de los adornos de las figuras.

Son interesantes en otro sentido dos reposteros del siglo xvi, uno tejido de seda y lana por el célebre tapicero Wilhelm Pannemacker, de Bruselas, ostentando el escudo de armas del licenciado D. Pedro de Lagasca, después obispo de Sigüenza, con las banderas ganadas á los Pizarros al reducirlos á la obediencia del Emperador Carlos V, y en una cinta cierta inscripción latina referente á este hecho; el otro es de terciopelo carmesí y su escudo, cimado con corona ducal parece ser, según indica el catálogo, de una de las casas más importantes del antiguo reino de Aragón.

Por último, hay otro tapiz, flamenco, pero de muy diverso carácter que los anteriores, pues corresponde á mediados del siglo xvii, y por el estilo de sus figuras y la brillantez del color recuerda los cuadros y tapices del célebre Rubens. Representa á Baco y Ariadna en biga de leones, con su cortejo de sátiros y ninfas, en medio de una selva; y en la cenefa se ven los escudos de los duques de Veragua.

Los tejidos y bordados arábigos despiertan un interés arqueológico superior al que ofrecen los tapices, por lo mismo que se trata de una de las industrias menos conocida y más afamada de la España musulmana. Considerados aquellos doce trozos de tela desde el punto de vista artístico, sus primorosas lacerías y las peregrinas combinaciones de las sedas de colores y del hilillo de oro, constituyen una manifestación nueva y admirable del gusto ornamental de los árabes en el último y brillante período de su dominación. En aquellos dibujos, en aquellas inscripciones doradas sobre fondo azul, se reconoce, casi siempre, el fastuoso gusto granadino. Considerados desde el punto de vista industrial, se echan de menos investigaciones y datos suficientes para poder atribuir á las renombradas fábricas de Málaga, de Granada, ó acaso de algún punto del Oriente, cada uno de aquellos retazos ó de aquellas tiras de *obra sarracena*. Las leyendas que contienen han sido traducidas y publicadas, en el *Boletín de la Academia de la Historia*, por nuestro amigo y compañero, el erudito arabista D. Rodrigo Amador de los Ríos. Expuesta aparte de los retazos, se ve una

tela arábiga del siglo xv, bastante grande y en excelente estado de conservación, convertida, por alguna mano piadosa, en manto de imagen. Está tejida en sedas, su labor es también de lacería y lleva inscripciones arábigas.

Entre los bordados hispano-cristianos, figuran en primer término por su fecha (siglo xv), siete escudos de armas, entre ellos el de los Reyes Católicos, en los que el oro y las sedas, forman los *metales* y los *esmaltes*. Como bordados del siglo xvi son de admirar un frontal de altar y un dosel, con severos adornos del Renacimiento español, formados con oro y sedas sobre terciopelo carmesí; y un terno presentado por el Sr. Osma, la casulla con una tira bordada en oro y sedas, con figuras, y las dalmáticas con cuadros de preciosa ornamentación, hecha por igual procedimiento, como los adornos sobrepuestos de que está sembrado el fondo que es de terciopelo carmesí.

*
* *

El arte de la talla está representado por dos estatuas y cinco muebles. De las primeras una es bien pequeña, tan sólo mide 23 centímetros, pero es uno de los objetos más importantes no ya de la colección del señor Conde de Valencia, sino del certamen; es importante por su relevante mérito artístico, es importante por su rareza, pues se trata de un maniquí, y lo es también por cierta atribución histórica á que da fundamento un rótulo de la caja en que se guarda. La caja es de la misma época de la figura, que corresponde á principios del siglo xvi; y el rótulo, incompleto, pero en caracteres de aquel tiempo, dice: *Maniquí hecho de Alberto Durerro*. Harto difíciles son (hoy, que por fortuna la crítica arqueológica parece inspirarse en la conocida máxima de Santo Tomás), comprobar las atribuciones históricas de ciertas antigüedades, y no seremos nosotros quien sin otro dato que un rótulo, puesto sin duda cuando vino á España ó á manos de un español este maniquí, dé por sentado que éste es el mismo de que se valiera el gran maestro de Nuremberg para estudiar y dibujar aquellos paños de pliegues angulosos, tan artísticamente tratados por su maravilloso lápiz y su seguro buril. Pero sí consignaremos que favorece la verosimilitud de lo que consigna el rótulo, el carácter marcadamente alemán del modelado y hasta de la cara de la figura, la cual, por la elegancia de sus formas y la expresión de sus movimientos, recuerda mucho las figuras de Durerro. Se sabe que éste, como todos los grandes pintores de su tiempo, hizo esculturas, en madera y en marfil. ¿Hemos de suponer por esto, dando entero crédito á la interpretación literal del rótulo, que este maniquí es una de las obras escultóricas de aquel incomparable maestro? Sólo podemos decir que aquellas esculturas no serían por cierto inferiores á la presente, que más parece pensada por un pintor, para los efectos de la técnica de su arte, que por un escultor.

Es muy verosímil que al ensayarse Durerro en el arte de la talla lo hiciera por gusto, por estudio; y un artista como él, que tanto empleo debió hacer de maniqués,

es más verosímil que se hiciera uno á su gusto, dándole todo el carácter que apetecía para las figuras de sus cuadros y de sus dibujos. Realmente, la figura está esculpida con amor: delicadamente modelada en boj, con una conciencia del detalle anatómico que no es corriente en maniqués; el abdomen es admirable. Tiene juego en todas las coyunturas, hasta en los dedos de los pies, en todas las falanges de las manos, que son pequeñísimas, y en la mandíbula inferior. Las carnes están pintadas, y el pelo y la barba dorados. Es un maniquí que debió hacerse con la intención de poderle usar para hacer apuntes de desnudo, sin perjuicio de vestirle, siempre que fuera necesario, con paños, que probablemente serían papeles mojados, para conseguir aquellos pliegues angulosos característicos de la escuela alemana de fines del siglo xv y comienzos del xvi.

La otra estatua á que hicimos referencia es española, y bien típica, de la buena época de la escultura española, pues es una imagen de San Francisco de Asís, esculpida en madera, y pintada. En el catálogo se da como autor probable de ella al escultor Pedro de Mena, discípulo de Alonso Cano. Hay en España varias imágenes semejantes, con igual atribución, y sería muy conveniente hacer un estudio detenido de ellas.

Encontramos además tres tableros, de algún mueble ó sillería, muy bien tallados, en el estilo plateresco de la escuela castellana del siglo xvi.

Entre los muebles, el más antiguo es un sillón de respaldo semicircular, tallado, con bellas tracerías de estilo ojival del siglo xv, y en cuyo frente destaca el escudo de los Enríquez, Almirantes de Castilla. Son de citar unas sillas de caderas ó brazos, con labores de taracea de marfil, ébano y maderas finas, guarnecidas de terciopelo carmesí bordado en sedas y oro, de principios del siglo xvi; un sillón español, del siglo xvii, con incrustaciones de marfil y ébano; y un magnífico sitial (del Sr. Osma), con su doselete coronado por labores caladas y los imprescindibles pináculos.

En uno de los testers de la sala destaca un aparador español, tallado en madera de nogal en el estilo ojival de fines del siglo xv. Es una pieza importante, como mueble y como objeto de arte. Encima se ve colocado un busto del Salvador, del siglo xvii, esculpido en mármol blanco.

Unas 35 piezas componen la colección de armas, en las que abundan las ofensivas. El señor Conde de Valencia, al catalogar sus armas, ha tenido la escrupulosidad de consignar las procedencias.

Lo más importante son las espadas. Por su antigüedad, la primera es una, española, de fines del siglo xiii ó principios del xiv, de hoja ancha con empuñadura de hierro en forma de cruz, de brazos rectos, en los que se lee, por ambos lados la inscripción: *Dios es vencedor de todo. Amén*; en el pomo, que es redondo lleva las primeras palabras de la salutación angélica: *Ave María Gratia Plena* y en medio un es-

cudo de armas esmaltado de azul sobre plata. Del siglo xvi se cuentan varias, en su mayor parte con los nombres, marcas ó punzones, de los espaderos, y entre ellas merecen citarse: una con empuñadura de gusto arábigo, de brazos caídos, (forma característica) con labores grabadas á punzón y doradas, y en la hoja la marca *Chataldo me fecit*, que según indica el catálogo es la misma que lleva la espada de Francisco I, existente en el Museo de Artillería de París; otra de lazo, con guarnición de hierro, dorada, y con el nombre y marca del famoso espadero toledano Alonso de Sahagún, el Viejo; otra también toledana, muy elegante, con la empuñadura imitando cadenilla y con la marca de Sebastián Hernández; otra de ceremonia, firmada por el célebre espadero italiano Antonio Piccinino; otra de lazo, alemana, con la guarnición damasquinada de oro y plata. No faltan espadas de taza, una de ellas con la hoja firmada por el toledano Tomás de Ayala, y hay dos piezas bastante raras: una daga árabe, de fines del siglo xv, con el pomo partido en dos orejas, hoja y guarnición damasquinadas de oro, y un terciado ó escarcina italiana, especie de alfanje, que revela la elegancia con que los artífices italianos del siglo xvi interpretaban el gusto oriental, con empuñadura de hierro cincelada y también damasquinada de oro, que proviene de la armería de los duques de Pastrana.

El Sr. Osma ha presentado algunas armas, entre ellas una espada española del siglo xvii, de taza calada, y tres dagas, una de cazoleta.

En cuanto á las armas defensivas, el mismo Sr. Osma expone una armadura de justar, de la primera mitad del siglo xvi, y tres buenas celadas, una abierta, de forma alemana, correspondiente al siglo xv, otra borgoñona y otra de las llamadas de *encaje*, grabada, ambas del siglo xvi. El señor Conde de Valencia expone por su parte, además de varias piezas de distintas armaduras de los siglos xvi y xvii, curiosas por haber pertenecido á la familia del poeta Garcilaso de la Vega, una rodela de acero, relevada, con la representación de Hércules en lucha con varios leones, y por orla una serie de escudos españoles; y una elegante brigantina italiana de acero, de principios del siglo xvi, guarnecida de terciopelo carmesí, sobre cuyo fondo destacan las doradas cabezas de los clavos en las que se percibe de relieve la cifra C. G. de Claude de Gouffier, marqués de Boissy, Caballerizo Mayor de Francia en tiempo de Francisco I.

* * *

De las armas pasemos á la orfebrería y los esmaltes que nos muestran un arte más delicado, y forman una de las series más estimables de la colección. Las piezas más antiguas son dos placas de cubiertas de libro, con esmaltes *vaciados* ambas con el Calvario por asunto, y ambas de una época que puede colocarse entre los siglos xii y xiii. La señalada con el número 92 proviene de los talleres de Limoges y participa por lo tanto, de la manera románica francesa; la otra es de dibujo más correcto y su esmalte, según nos indica el catálogo es el de Verdunn ó germánico. Vienen después

un hostiario y una arqueta relicario de esmalte *vaciado* de Limoges, del siglo XIII, que corresponden al indicado gusto artístico.

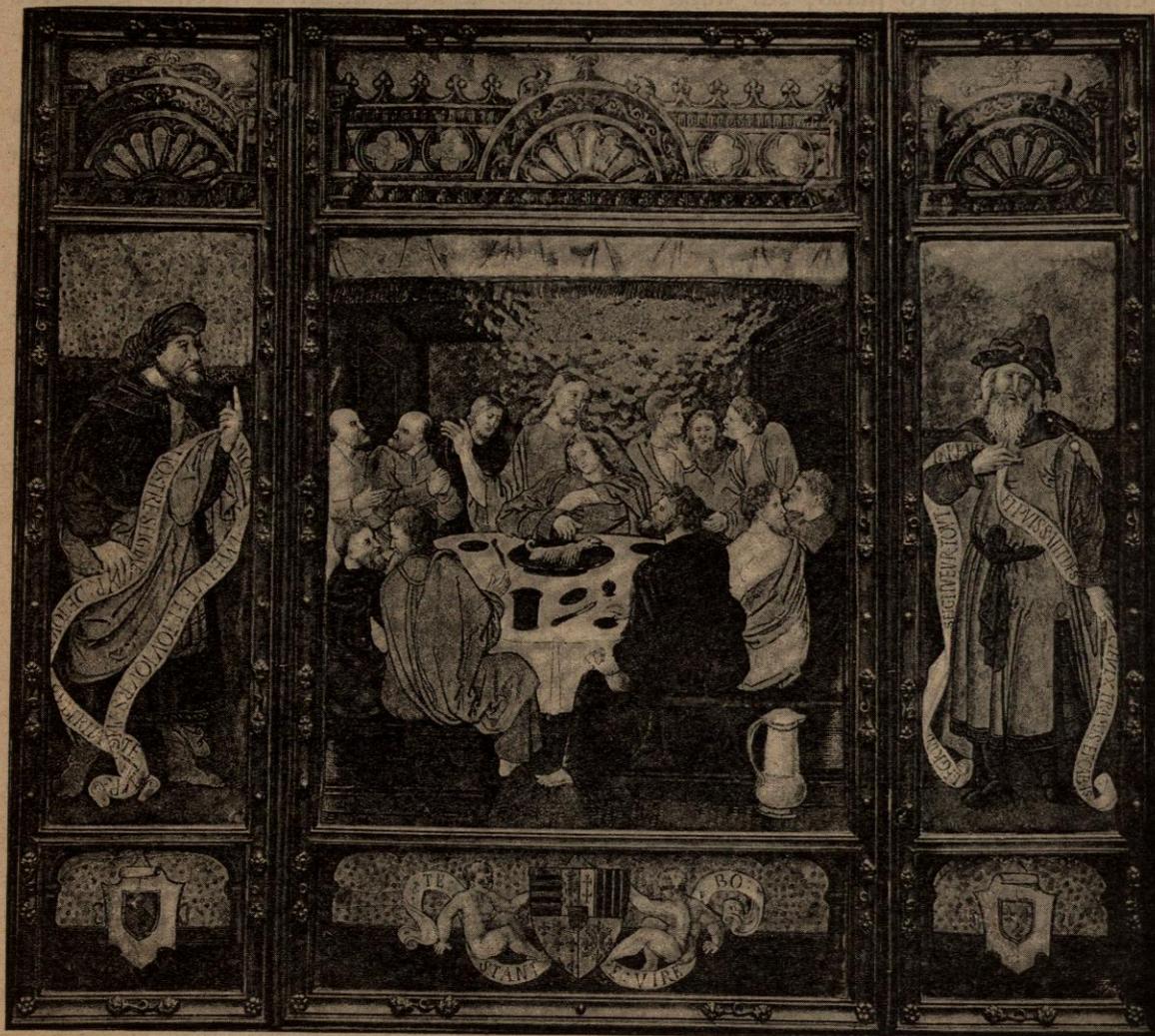
Seguidamente hay que poner las piezas pertenecientes á los buenos tiempos del arte europeo. Tres de ellas no tienen precio. La primera es una especie de hostiario ó díptico circular de plata esmaltada, con montura ó marco de lo mismo, labrada, figurando la Corona de espinas y dorada. Los esmaltes, traslúcidos y pintados, representan en tres de las caras, que son la interior y principal, y las dos de la tapa, asuntos de la Pasión, en éstas el Prendimiento y la Flajelación y en aquélla Jesucristo difunto en el regazo de su Madre. La cara que podemos llamar posterior sólo lleva de esmalte el fondo de cielo estrellado, pues el asunto, que es la Crucifixión, está esculpido en nácar. Lo importante en esta joya son los tres esmaltes indicados primeramente, de los cuales son mejores los de la tapa que el del fondo, con ser éste el principal en el objeto. Quizá los primeros sean de mano más experta que el último. De todos modos se trata de una obra artística de raro mérito, acertadamente atribuída por su poseedor á las Escuelas del Norte de Italia y al gusto de fines del siglo XV. Las figuras, por lo general, están bien dibujadas, con cierta elegancia, las carnes pintadas y modeladas con cuidado, las ropas plegadas con gusto, en la *Pietà* del fondo, de la manera angulosa propia del gusto germánico, y las luces de los paños tocadas con oro; las composiciones sabiamente hechas, quizá inspiradas en obras maestras de la época.

La segunda pieza importante es un tríptico de cinco esmaltes pintados, de Limoges, de fines del siglo XV á principios del XVI. Cada portezuela lleva dos esmaltes pequeños, cuyos asuntos son, á la derecha el Nacimiento y el Bautismo del Señor, y á la izquierda la Visitación y la aparición de Jesús á la Magdalena. Estos esmaltes que participan del gusto *gótico* (pase la palabra), son de una mano inferior al del centro, que es admirable bajo todos sus aspectos, y que representa á Jesús caminando con la cruz á cuestas entre los sayones. El dibujo de las figuras vigoroso, valiente, en un estilo que recuerda las cosas de Mantegna, y la brillantez y acertada combinación de los colores, tocados con oro, avaloran singularmente esta placa.

La tercera pieza importante es otro tríptico, también de esmaltes pintados, de Limoges, de principios del siglo XVI, compuesto de nueve placas, tres en cada hoja, la de en medio con figuras y las otras dos con adorno, de motivos arquitectónicos en las de arriba y heráldicos en las de abajo. El asunto central, es la Cena del Señor, bien compuesto, bien colorido, con oro en las luces de los paños, y en un estilo que recuerda el de los maestros venecianos. En las placas laterales se ve en cada una la figura de un profeta, sosteniendo en la mano una *filacteria* ondulante con leyenda. Estas figuras difieren por su estilo de la composición central, pues están dibujadas y tratadas con todo el carácter y el acento *gótico* germánico de fines del siglo XV. En cuanto á los indicados blasones, corresponden, los de los lados á Claudio de Lorena, hijo natural del primer Duque de Guisa, y los del centro son los de Francia y de Lorena.

Completan la colección de esmaltes dos excelentes placas, pintadas, de Limoges, la primera correspondiente á la Escuela del célebre esmaltador limosín *Nardon Peni-*

caud, representando á la Virgen con el Niño, bajo un arco y bóveda del gusto alemán de transición; y la segunda, cuyo asunto es Jesús apacentando sus corderos, es de una ejecución bastante fina y está avalorada por la firma de su autor, otro maestro limosín, *Pedro Raymond*, y la fecha de 1537.



TRÍPTICO DE ESMALTES DE LIMOGES.—Principios del siglo XVI

Entre los objetos puramente de orfebrería, aparte de un frente de cruz procesional, de plata sobredorada con esmaltes traslúcidos, de carácter ojival del siglo XV, hay tres importantes: una arqueta y dos platos. La arqueta es de madera y está cubierta con planchas de plata, relevadas, con una labor de tallos serpeantes que forman á modo de medallas en las que se ven alternados castillos y leones, estos no rapantes, sino sobre sus cuatro pies, y de un carácter que nos parece revelar una influencia árabe; en los espacios pequeños que quedan entre aquellos mayores destacan flores de lis. Es esta arqueta un objeto arqueológico precioso, de trabajo español, clasificado en el catálogo, como del siglo XIII al XIV, y que por nuestra parte nos inclinamos á

creerle del XIII. En cuanto á los dos platos son de plata sobredorada y repujada, los dos muy artísticos. Uno de ellos corresponde á fines del siglo XV; ofrece en el medio una nao navegando á toda vela, con bandera cuya asta remata en una cruz y una concha, y sirviéndola de orla se desarrolla un motivo de hojarasca de gusto ojival germánico. El otro plato, sin duda es obra de uno de nuestros buenos maestros plateros de la primera mitad del siglo XVI: la medalla central contiene un busto de guerrero; la orla está compuesta de bichas y roleos primorosamente ejecutados.

También debemos ocuparnos aquí de una colección especial, que por su rareza merece elogio el haberla presentado, pues puede servir de poderoso elemento para quien intente el estudio de la indumentaria. Nos referimos á los *pinjantes* ó placas de metal, esmaltadas y doradas, de variadas formas, que sirvieron de adorno en los pretales, gruperas y jaeces de caballos españoles, durante los siglos XIII, XIV y XV. Son en número de 50. Algunas son árabes y llevan nombres de caballos, y una esmaltada de azul, ostenta el lema de la última dinastía granadina. Estos objetos, que no sabemos hubiera ocurrido á nadie la idea de coleccionarlos, merecen un detenido estudio que sería interesantísimo.

En el mismo armario se ve una preciosa colección de 16 joyas españolas de oro, de los siglos XVI y XVII, con esmaltes y piedras preciosas, algunas con cristales de roca pintados y dorados, entre las que sobresalen una representando un Cupido, vendado con una cinta de oro incrustada de topacios, otra que figura una salamanquesa formada por gruesas esmeraldas; un medallón de cristal de roca que contiene en figuras de bulto y esmaltadas la representación del sacrificio de Abraham, y varios objetos de los que llevaban los niños en aquellos tiempos, tales como un chupador de coral, otro de cristal de roca, una mano de tejón con preciosa montura esmaltada y una campanillita cubierta de finos esmaltes.

El Sr. Osma, por su parte, ha presentado también dos cruces procesionales, un relicario con esmalte traslúcido del siglo XV, algunas joyas españolas, con esmalte de exquisito gusto, algunas *veneras* ó medallas de inquisidores y un joyel salamanquino con relicarios de plata sobredorada, del siglo XVII.

* * *

También ha expuesto el señor Conde de Valencia algunos marfiles, arquetas y objetos curiosos. Entre éstos sobresalen dos grupos esculpidos en azabache, en Galicia, en el siglo XV: ambos representan al apóstol Santiago, vestido de peregrino, como las figuras de devotos, más pequeñas, que aparecen al pie. La ejecución, bastante acentuada, revela una tradición arcáica del arte de la Edad Media, quizá por haberse sujetado el escultor á un tipo antiguo, conservado por la devoción. Las esculturas en azabache, corrientes en los siglos medios, son raras en las colecciones y pocas veces tan buenas como los ejemplares citados, que miden cada uno, 26 centímetros de altura.

De los marfiles, la pieza que preferimos por su mérito, es una estatuilla de la Virgen María con el Niño Dios en los brazos, obra primorosa, llena de gracia y de elegancia, debida al delicado arte francés del siglo xiv. De la misma época, es un tríptico pequeño, clasificado como francés ó italiano, que contiene 21 composiciones de asuntos de la vida de Jesucristo y de la Virgen María, dispuestos, cada uno dentro de una hornacina ojival y que está enriquecido en los huecos que deja el trazado arquitectónico con perlas y piedras preciosas. El principal mérito que encontramos á este objeto, que tiene analogía con el conocido díptico del Escorial y con el que forma parte de la colección del Museo Arqueológico de Madrid (los tres coetáneos), es la dificultad vencida para esculpir sus figuras, las cuales no miden más de una pulgada. Mencionaremos también un grupo de la Virgen María, sentada en un trono ojival, con el Niño sentado sobre su falda, bien tallado, en el siglo xv; una estatuilla, del Renacimiento, representando á Judith con la cabeza de Holofernes á sus pies, y un Niño Jesús, echado y dormido, delicadamente modelado.

Por lo que hace á las arquetas, hay dos de marfil, las dos del siglo xv, una, que es propiamente una caja arábica, de forma cilíndrica, con restos de inscripciones, y con herraje de bronce dorado; la otra de madera, revestida con placas de marfil de labor ojival calada. Más interesantes nos parecen otras tres arquetas, que son de los objetos arqueológicos más raros de la colección. Una de ellas pertenece al siglo xiv: es de madera y lleva pintados unos blasones con castillos y otras figuras heráldicas. Las otras dos son del siglo xv, una también de madera con escudos de armas cuidadosamente pintados; la otra es de cuero relevado, dorado y pintado, afecta forma de baúl y ostenta la inscripción *Ave María Gratia Plena*.



IMAGEN DE SANTIAGO,
ESCULPIDA EN AZABACHE.—Siglo xv

*
* * *

Llegamos por fin á la espléndida colección cerámica, en la que la mayor parte corresponde al Sr. Osma, viéndose reunidas en un armario piezas suyas y piezas del señor Conde de Valencia. Menos una jarra y un salero del último que son italianos, de Urbino, el resto son productos españoles, casi todos hispano-arábigos. Las indicadas piezas italianas tienen, sin embargo, relación con España, por cuanto en ambas se ve el blasón del Conde de Lemus, Virrey de Sicilia, el famoso mecenas de Cervantes á quien éste dedicó el *Pérsiles*.

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,

.

Aparte del interés histórico, son apreciables como obras de arte estas dos lozas por pertenecer al estilo del Renacimiento, cuyo gusto delicado se revela en la elegancia de las formas y en lo peregrino de los adornos de colores ocre y azul que destacan sobre el limpio esmalte blanco del fondo.

Las lozas hispano-moriscas componen una serie que por el número y la variedad de las piezas puede servir para hacer un estudio bastante completo de las diversas fases de esa manufactura. Por nuestra parte no podemos ya extendernos mucho. Tres son los estilos principales que hay que distinguir: el primero puramente árabe, otro mudéjar y el último morisco. Al primero pertenecen unos preciosos aliceres ó mosaicos de azulejos, de los siglos XIV y XV, y un trozo de reborde de ajimez, con un filete resaltado y una inscripción en caracteres arábigos africanos, de reflejo dorado sobre fondo blanco, del señor Osma, y un plato con labores azules sobre fondo blanco también, del señor Conde de Valencia. Este plato es el más raro de toda la colección. En el campo, que es plano, lleva por adorno unas fajas paralelas de lacería y un motivo análogo decora el borde, que es muy estrecho. Este plato guarda íntima relación con uno muy precioso y con el jarrón árabe, ambos de la colección expuesta por el Museo Arqueológico Nacional.

En la serie mudéjar se observan varias clases de productos. Por una parte tenemos los platos con adornos azules y dorados, que casi no tienen de árabe más que el procedimiento, pues sus figuras, sus inscripciones (que consisten en las primeras palabras de la Salutación angélica), en caracteres alemanes, sus escudos, sus adornos, todo corresponde al gusto predominante en la España de los Reyes Católicos. No sólo hay platos, sino tarros de botica, con análoga decoración, y otras piezas curiosas, entre ellas una compuesta de dos fuentecillas cónicas, una sirviendo de tapadera á la otra. Entre estos platos merecen citarse uno en que campea la Y coronada, otro que lleva la B coronada también, del monasterio de Veruela, y á cada lado una figura, dama y caballero, y otro, que es de todos el más raro, por su carácter y su asunto. Este consiste en una escena de caza y pesca: dos mancebos con peregrinos trajes que parecen de moda italiana ó catalana del siglo XV, cada uno en su barca, se ocupan, uno en tirar, con flecha, á un ave, y el otro en pescar un pez muy grande que saca la cabeza del agua; en lo alto se ven varias mujeres en dos barcas, pescando también. Los trajes de los primeros, el agua y otros detalles son de color azul, y el dibujo de las carnes y del celaje de color bistre nacarado. El estilo de este plato, del cual no conocemos par, es análogo al de la indicada moda de los trajes. ¿Se trata de una *mayolica* producida quizá en algún alfar de la costa oriental de España, donde se imitaban por los procedimientos del país, las obras italianas de aquel tiempo? Contentémonos con señalar los caracteres de un ejemplar raro, en el que la influencia

del gusto italiano nos parece evidente. Mientras no puedan determinarse los centros de fabricación á que corresponden cada variedad de nuestras lozas de reflejo metálico, es aventurada toda suposición. Tenemos noticias de la producción cerámica de muchas ciudades; podemos señalar Málaga, Manises, Valencia, Sevilla; pero nos falta la marca, la señal, el carácter privativo de la producción de cada centro.

Por lo demás, en las dos colecciones reunidas se hallan todos los tipos de esa importante fabricación que sólo podemos apreciar en conjunto. Se ve el plato en forma de brasero, con radial de hojas de yedra de colores azul y oro, alternadas, como en el jarrón del Museo de Kengsiton, del siglo xv; se ve el plato del siglo xvi de pequeño fondo con blasonado escudo en él, y menuda labor de reflejo cobrizo sobre los compartimientos que forman los radios de cordoncillo; se ve el conocido plato de *tetón*, con labores que quieren imitar inscripciones arábigas. Reconócense en estas formas y caracteres la industria morisca, que poco á poco va convirtiéndose en española, apareciendo en algunos azulejos inscripciones en preciosos caracteres alemanes, como puede verse en un interesante tablero expuesto por el Sr. Osma, y escudos de armas en que los reflejos metálicos desempeñan su oficio heráldico juntamente con los colores azul, violado, negro y verde.

Por último, la industria española del siglo xvi, conservando la tradición arábica, se nos manifiesta espléndida y original, bajo un nuevo aspecto. Desaparece el reflejo metálico; pero le sustituyen colores vivos intensos, un melado, un azul cobalto, un verde, un negro que se emplea para los contornos de todos los ornatos y figuras, sobre el fondo blanco, limpio y brillante. Tales son los platos, raros por cierto, y por esto más estimables aquí por su número y su importancia, acerca de los cuales dice el señor Conde de Valencia de Don Juan, en su catálogo: «El procedimiento empleado en su fabricación de aislar cada color con una materia que el fuego volatilizó al verificar los esmaltes, lo hemos reconocido en piezas antiguas de cerámica persa. Debemos creer, por tanto, que esta loza trae el mismo origen que la loza de reflejo metálico, introducida por los musulmanes en España, y que como ella tuvo fin con la expulsión de los moriscos en el siglo xvii. Aunque los centros de fabricación son desconocidos, la procedencia de muchas de estas piezas y la entonación de sus colores, dan lugar á suponer que provienen de Andalucía, acaso de Triana en Sevilla.»

No sólo en el procedimiento, sino en el estilo, encontramos relación entre los platos que nos ocupan y los productos cerámicos y no cerámicos, persas. Los platos fabricados desde el siglo xiv en Lindos, en la Isla de Rodas, de los que tan buena colección tiene el Museo de Cluny, son una manifestación del gusto persa que aunque con alguna diferencia de carácter y en otra tonalidad, ofrece analogía con los platos españoles que nos ocupan. En cuanto á su centro de fabricación, las indicaciones del señor Conde de Valencia nos parecen de menos fuerza. El ilustre coleccionista y español, Barón Davillier, refiriéndose á uno de esos platos, propiedad del Sr. Goyena, de Sevilla, que lleva por asunto un león heráldico, y por detrás la marca *P. Arzobispo*, da á entender que la fábrica de ellos, estuvo en Puente del Arzobispo, pue-

blo inmediato á Talavera de la Reina. Esta presunción de tan autorizado escritor, ha bastado para que se atribuyan á esa fábrica dichos platos; y aunque faltan antecedentes que permitan comprobar si en el siglo xvi existió en aquel punto fabricación cerámica alguna, y aunque bien pudo ésta tener un centro en Puente del Arzobispo, ó en algún punto de la provincia de Sevilla, es lo cierto que en Toledo abundan azulejos coetáneos, muchos de ellos con el conocido blasón imperial, esmaltados de iguales colores que esos platos y de manufactura semejante. Además, y aunque sólo sea juzgando por impresión, en esos platos encontramos un carácter más toledano que andaluz, y ciertamente nada hubiera tenido de particular que fabricándose en Puente del Arzobispo el principal consumo de ellos se hubiese hecho en Andalucía, donde con más frecuencia se hallan

Quien desee completar el estudio á que las piezas cerámicas de ambos coleccionistas se presta, hallará en una de las vitrinas, correspondientes al Sr. Osma, buen número de azulejos y fragmentos de ellos; «serie demostrativa», dice el catálogo, de los diversos procedimientos de su fabricación, desde los *aliceres* hasta las placas pintadas; y por otra parte azulejos con blasones, modo de fijar éstos que sin duda estuvo en boga por los siglos xv y xvi. Entre los azulejos del Sr. Osma hay algunos del Renacimiento español, sobresaliendo en este género un tablero formado por varios cuya composición ornamental en colores azul y verde, sobre fondo amarillo, está dibujada con tanta delicadeza como exquisito gusto.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

